



Obsesiones con el tema mexicano: del nacionalismo a lo universal en la poesía de Jaime Labastida

Ana Chouciño¹

Resumen. Jaime Labastida, director de la Academia mexicana cumple este 2019 ochenta años. Con México y los grandes enigmas humanos como constantes temáticas que articulan toda su obra, su obra muestra dos momentos distintos. Mientras que entre 1960 y 1981, en consonancia con la ideología marxista y nacionalista, Labastida adopta la expresión de una especie de *tlatoani*, desde 1991, tras diez años sin publicar poesía, se percibe en su trayectoria un vuelco notable que se concretó en una más intensa recurrencia a lo universal en todo lo publicado a partir de la última década del siglo. Este cambio tiene relación con la llamada condición “postmexicana” tal como la define Roger Bartra (1999): “entra en crisis la cultura política nacionalista que había sustentado al Estado” por lo cual muchos mexicanos sienten que “la realidad nacional está derrumbándose”.

Puesto que la poesía de Labastida responde a las circunstancias sociales y políticas descritas, estas páginas proponen una lectura de la misma que atienda a su evolución como síntoma artístico coherente con el sentir de una importante parte de la intelectualidad mexicana de nuestra época.

Palabras clave: Jaime Labastida; poesía; México; nacionalismo; universalismo.

[en] Obsessions with the Mexican theme: from nationalism to the universal in Jaime Labastida's poetry

Abstract. Jaime Labastida, director of the Mexican Academy will be 80 years old this 2019. With Mexico and the great human enigmas as thematic constants that articulate all his work, his work shows two different moments. While between 1960 and 1981, in line with Marxist and nationalist ideology, Labastida adopts the expression of a kind of *tlatoani*, since 1991, after ten years without publishing poetry, a remarkable turnaround can be perceived in his career, which became more intense in the recurrence of the universal in everything published from the last decade of the century. This change has to do with the so-called “post-Mexican” condition as defined by Roger Bartra (1999): “the nationalist political culture that had sustained the State is in crisis”, for which many Mexicans feel that “the national reality is collapsing”.

Since Labastida's poetry responds to the social and political circumstances described, these pages propose a reading of it that takes into account its evolution as an artistic symptom consistent with the feeling of an important part of the Mexican intelligentsia of our era.

Keywords: Jaime Labastida; poetry; Mexico; nationalism; universalism.

Sumario. 1. 1960-1981: compromiso, rebeldía y nación. 2. 1991-2012: un occidental del extremo occidente.

¹ Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela. España.
E-mail: anagloria.choucino@usc.es

Cómo citar: Chouciño, A. (2019) Obsesiones con el tema mexicano: del nacionalismo a lo universal en la poesía de Jaime Labastida, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 48, 349-362.

Se cumplen ochenta años del nacimiento de Jaime Labastida (Sinaloa, 1939) actual director de la Academia Mexicana de la Lengua y destacado representante de las letras mexicanas contemporáneas. Filósofo de formación, ha colaborado en periódicos de gran tirada como *Excelsior* y ocupado cargos relacionados con el ámbito de la comunicación, entre otros, el de director de la revista *Plural* o de la editorial Siglo XXI. Durante los años noventa vieron la luz dos de sus libros más importantes: *Animal de silencios* (1996), que recogía toda su obra poética hasta entonces, y *La Palabra enemiga*, (1996), colección de entrevistas, crítica y artículos varios, en la cual se pueden rastrear muchos de sus intereses intelectuales. Poco después, en el año 1998, ingresó en la alta institución que actualmente preside, con un discurso que lleva por título “Filosofía y Poesía”. En el nuevo siglo ha seguido dando a conocer un trabajo que recoge tanto las preocupaciones contemporáneas, como los cambios del contexto social e histórico de las últimas décadas.

El propio poeta orienta sobre su obra con la siguiente frase: “la poesía, la filosofía y la psicología están unidas desde su raíz por la palabra” (1996B, 17). Una de las pocas exégesis de su trabajo, realizada por Néstor Braunstein, lo califica de “rara avis en la muchedumbre humana: el poeta pensador” (2012: 9). El resultado de esa doble vocación intelectual produce no solo composiciones de tema filosófico, sino que le permite ejercer el pensamiento a través de las modulaciones de la poesía. Autor de un discurso poético *profundo* y complejo, Labastida renuncia a los metros convencionales en favor de extensos enunciados especulativos e inquisitivos, lo que convierte al versículo en rasgo constante de su producción.

Con México y los grandes enigmas humanos como obsesiones temáticas que articulan toda su obra, en la carrera de Labastida se distinguen claramente dos etapas: mientras que entre 1960 y 1981, en consonancia con la ideología marxista y nacionalista, Labastida adopta la expresión de una especie de *tlatoani*,² a partir de 1991 —y tras diez años sin publicar poesía— se percibe una nueva orientación, un vuelco hacia lo universal en todo lo publicado a partir de la última década del siglo.

El silencio de una década y el cambio posterior pueden ponerse en relación con la llamada condición “postmexicana” tal como la ha definido Roger Bartra. Según el sociólogo, la desaparición del bloque soviético en 1989 y el proceso de globalización mundial provocaron el fin del sistema político mexicano construido tras la Revolución de 1910. La entrada del país en el Tratado de Libre Comercio (TLC) en 1992 y el estallido de la guerrilla indígena de Chiapas (en 1994) formarían parte de esta nueva época. Décadas de crisis económica y social muy prolongada, en la que se produjeron sucesivas recaídas, agotaron el modelo del partido hegemónico en las elecciones de 2000. El hecho debió de repercutir significativamente en Labastida, pues su hermano, Francisco, fue el primer candidato del PRI en perder unas elecciones a la presidencia de México en setenta años. Con el cambio de ciclo, que permitió mayor alternancia en el poder, el nacionalismo revolucionario perdió intensidad: “entra en crisis la cultura política

² En la cultura azteca, un orador; alguien que tiene la palabra, la autoridad.

nacionalista que había sustentado al Estado”, por lo cual muchos mexicanos sienten que “la realidad nacional está derrumbándose”. La crisis, pues, habría empujado a muchos intelectuales a la “búsqueda de nuevas formas de identidad” (Bartra, 1999:16-19).³

2. 1960-1981: compromiso, rebeldía y nación

De orientación marxista, como el resto de los componentes del grupo “Espiga amotinada”, Labastida se mostró desde el principio obsesionado por la realidad social de México.⁴ Buen conocedor de las antiguas culturas indígenas del país, en sus primeros volúmenes recoge la tradición de la poesía náhuatl, de tono predominantemente melancólico, cuando no abiertamente trágico. El compromiso político y la tonalidad de la “antigua palabra” indígena (*huehuetlahtolli*) predominan en el primer ciclo del autor sinaloense, durante el que publica casi un poemario por lustro: *El descenso* (1960), *La feroz alegría* (1965). *A la intemperie* (1970), *Obsesiones con un tema obligado* (1975) y *Las cuatro estaciones* (1981). En estos libros la voz poética realiza una vehemente defensa de los excluidos sociales, a quienes alienta a rebelarse, si bien la llamada a la lucha no excluyó las menciones u homenajes a los pensadores y científicos admirados, que abarcan un panorama amplísimo, desde la antigua Grecia (Heráclito, Aristóteles, Darwin) hasta el marxismo alemán (Hegel). Como se detalla más adelante, los recursos del epígrafe y la cita son algo muy habitual en toda la obra del académico repleta de interrogantes y numerosas alusiones culturales y literarias,^{lo cual imprime cierta} unidad a su discurso a pesar de los cambios.

Es sabido que los indígenas mesoamericanos concebían el mundo, el “aquí”, como lugar hostil y de paso muy breve, al que el hombre había sido destinado esencialmente a sufrir. En ese espacio y tiempo efímero, el llanto y la tristeza de los cantores no era algo excepcional. Los discursos de los *tlatoani* agradecían o alababan a los dioses, preguntaban acerca de la realidad, se cuestionaban sobre el sentido de la vida, conjeturaban sobre el bien y el mal, que coexistían, igual que cielo y tierra, “el arriba y el abajo”. Y en la palabra de aquellos que coincidieron históricamente con la llegada de los españoles, la violencia y la muerte, el llanto y el dolor por la pérdida de Tenochtitlán, es permanente.⁵ Labastida trae toda esa carga melancólica a su poética como memoria de agravios y llamada de atención a

³ El propio Labastida reconoció que, tras la caída del muro de Berlín, el marxismo-leninismo dejó de tener vigencia como propuesta política, aunque sus aportaciones en el campo de la filosofía siguen siendo válidas (Ver entrevista realizada por García Bonilla y publicada en *Estética del peligro*, Labastida, 2008, pp. 9-40)

⁴ Los otros componentes de aquel colectivo fueron Oscar Oliva (1938); Eraclio Cepeda (1937-2015), Juan Bañuelos (1932-2017) y Jaime Augusto Shelley (1937). Estos poetas se pronunciaron a favor de un arte capaz de transformar al hombre y que no permaneciese “indiferente al desgarramiento de un pueblo”, a la “Bestialidad actual” (Labastida, 1960, 199).

⁵ Un repaso de las traducciones de Miguel León Portilla deja claros estos aspectos que se comentan. Véase, por ejemplo, los “Inocuitatl” o “Cantos de privación” en *La tinta negra y roja. Antología de la poesía náhuatl* pp. 112-131, apartado en el que los títulos son claras referencias a la melancolía: “¿Hay algo más allá de la muerte?”, “¿Hay algo verdadero?”, “Solo por breve tiempo”; “Llora mi corazón” etc. No se puede dejar de notar cierto ritmo y entonación parecidos en mucha de la poesía del autor de Los Mochis.

la persistencia de los grandes problemas de México.⁶ Con los locativos “aquí”, “en este sitio” (Labastida, 1996A: 37) demuestra que entiende el lenguaje como práctica trascendental, ceremonial y pública, en consonancia con las antiguas culturas de México. Ello explica la marcada presencia de las estructuras rítmicas y sintácticas para ayudar a la memorización, algo propio de las culturas orales, de lo cual deja constancia también en sus ensayos:

¿qué significa ese “aquí” ¿Por qué ese adverbio de lugar, al dar inicio a un texto histórico o religioso... Ese adverbio nos conduce a un sitio, mejor, nos señala o nos indica un espacio. Quiero decirlo con toda propiedad: ese “aquí” es un indicio. Dibuja, en el aire invisible que se abre el que habla u el que ve, un indicio. Recuerda, con plasticidad enorme, que hay un dedo índice que conduce hacia algo que no está escrito, sino pintado. “Aquí” es la página de un códice. No es un texto que se traduzca, puesto que lo mismo se nos dice en náhuatl que en español. “Aquí” hace referencia a una pintura, ya lo dije, a un códice (Labastida, 1996 B: 48).

Y en lo que concierne al contexto presente, es obligado tener en cuenta la tensión de un país que no ha dejado de asistir a constantes episodios de violencia y crímenes, pese a la estabilidad política aparente proporcionada por los sucesivos gobiernos del Partido Revolucionario Institucional: Tlatelolco fue un ejemplo traumático del que se ha cumplido ya medio siglo, pero también se recuerdan tragedias como “el Halconazo” de 1971, y en los últimos tiempos, la pobreza extrema y la exclusión de numerosos grupos sociales.⁷

La rabia y la rebeldía parecen las reacciones normales ante tales circunstancias. Para un poeta que, independientemente de su ideología, no ha dejado de denunciar la violencia, el hecho de rebelarse y animar a la lucha es el único modo de recuperar la dignidad. La voz de Labastida se levanta contra esa situación.⁸ El sometimiento, las infamias, las humillaciones sufridas tanto en el pasado —durante la conquista y la colonia— como también en el presente, bajo gobiernos déspotas y corruptos, alientan esta actitud, con la que se pretende despertar a un país, invitarlo a permanecer en guardia y a construirse de nuevo. Los versos abundan en imágenes como la ceniza o las ruinas, tan habituales en los antiguos *cuitcatl*. Éstas

⁶ A su continuidad durante la colonia y el siglo XIX se ha referido Sergio González, que la asocia al indio, al sentimentalismo romántico y al malestar del escritor finisecular: “la melancolía de la raza indígena y el paisaje en que vive, que se consagrará como rasgo primigenio del carácter nacional”. El crítico también señala que el carácter melancólico de los indios mexicanos ya había sido observado por el mismo Humboldt: “En su célebre *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* Alexander von Humboldt recogió un prejuicio colonial y racial que atribuía a los indígenas, en su naturaleza de “vencidos”, una actitud frente al dominio que a la vez traducía su ser: la tristeza o melancolía” (González, 1988).

⁷ Si la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) se caracterizó por la represión de movimientos sociales (especialmente de estudiantes) las torturas, desapariciones y ejecuciones extrajudiciales (según la fiscalía de México), no fue mejor el sexenio de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) durante el cual se produjo un aumento de la violencia. Hubo numerosos desaparecidos y torturados, sabotajes, secuestros, asaltos. Persuadido de la existencia de una conjura comunista internacional en México, Díaz Ordaz atribuyó al movimiento estudiantil conexiones con la misma y autorizó la llamada “operación Galeana” que finalizó en la masacre de estudiantes del 2 de octubre. Fue acusado por la fiscalía de participar en la guerra sucia de México y absuelto en 2009.

⁸ Agustí Bartra subraya el claro espíritu de rebeldía del poeta, cuya obra califica de “poesía de puños levantados contra el cobarde” (Agustí Bartra, 1960, p. 8).

representan la base en la que el mexicano hunde sus raíces: “Sin futuro y sin alba/ este suelo hincan sus raíces/ en el fuego del pasado/que le vuelve ceniza las entrañas”; “¡A construir, sobre estas ruinas que son una derrota, ... la torre que hereden nuestros hijos” (Labastida, 1996A: 18-19).

En la mayoría de los poemas de la primera etapa los significados de los vocablos escogidos apuntan mayoritariamente al fracaso (caída, naufragio, zozobra). El sujeto poético ve a México como un pozo, y a sí mismo como un simbólico recluso, rodeado de otros hombres en pena, lo cual convierte uno de sus títulos, “la feroz alegría”, en un triste sarcasmo.⁹ La rabia y el llanto acosan a un pueblo desbordado por la indignancia, el hambre y la injusticia, por eso el hablante llama a la rebelión, cual antiguo líder indígena: “¡Que el machete no se guarde en el viejo tapanco de la troje! (15)... “Yo nada sé. Yo sólo sufro” (84)... “Destruyamos. Que nuestros sucesores,/ a su vez destruyan” (91). Se subrayan estas ideas por medio de recursos como la reduplicación y el lenguaje coloquial, estrategias estilísticas muy habituales a partir de los sesenta en la poesía hispanoamericana:¹⁰ “Y nosotros ceniza/... No tengo paz,/ ni soy feliz, ni nada” (92).

En relación con la ideología, la voz poética asume una postura formulada a través de imaginaria visceral y símbolos: las alusiones políticas se concretan en metáforas como “roja culpa” o “inflamadas vísceras de izquierdas” (25) y en la simbólica figura del “Che”. El poeta dirige sus reproches a los poderosos y denuncia la impunidad de la que disfrutaban: “¿Qué responder cuando hay innumerables muertos exigiendo justicia? ¿Qué responder ante las guerras?” (25). Sin embargo, por momentos, aparece en los poemas el pensamiento utópico: no se abandona la confianza en que el pueblo mexicano se liberará: “Y llegará el poder./ Y será grande./ Será la palabra de maíz... Que perdonen los siglos nuestra fiereza” (29). En criterio del poeta la única esperanza reside en la unión y solidaridad a la hora de la batalla, razón por la cual recrea la voz de Ernesto Guevara, convertido, tras su muerte, en un mito de la izquierda latinoamericana.¹¹ La desaparición del guerrillero supuso un punto de inflexión para los revolucionarios, pero Labastida pone el énfasis en la persistencia de su mensaje por medio de una imagen: la lengua que continúa hablando después de cortada. El “Che” y la revolución cubana se convirtieron para muchos intelectuales de la época en emblema de cualquier revolución: “Sólo cuando la muchedumbre y yo/ somos una misma violencia... Toda América empieza a tomar el camino/de la revolución y sigue el ejemplo/ del hombre que murió en la Cañada del Yuro” (196).¹²

⁹ El poemario *La feroz alegría* formó parte del libro *Ocupación de la palabra*, en el que participaron, en 1965, los mismos integrantes de *La espiga amotinada*.

¹⁰ Ha de recordarse la fuerte impronta del coloquialismo en la poesía hispanoamericana desde la década de los sesenta del siglo pasado y cuyas características ha estudiado Carmen Alemany Bay en su monografía imprescindible *Poética coloquial hispanoamericana*. Universidad de Alicante, 1997.

¹¹ Otro poema de esta línea configura un homenaje al poeta y revolucionario cubano José Martí: “La trinchera en la playa”: “Los colonos/ ávidos de tierra india esperan/... Hablo del norte/ revuelto y brutal... Adoloridos por cuanto nos aleja... Entré en el museo de la revolución... la revolución/ emplea sin miedo este lenguaje” (182-83).

¹² Las vidas y el arte de los grandes muralistas mexicanos como Siqueiros inspiran también esta postura ideológica.

Las creencias religiosas son también una forma de ideología que vinculan al autor con la espiritualidad indígena. Labastida “no cree en Dios, pero sí en el Ecce homo” (Agustí Bartra, 1960: 15), es decir, en la representación cristiana del sufrimiento del hombre. La voz poética manifiesta el rechazo del Dios cristiano, al que denomina “Señor el miserable” (Labastida, 1996A, 25) y, en su lugar, invoca las deidades del panteón azteca, en particular a *Coatlicue*, la diosa madre, un modo de potenciar las raíces nacionalistas; de alinearse claramente con la identidad indígena mexicana. Pero va más allá: recurre a conocidas alegorías de la tradición judeocristiana para cuestionarlas. El rebelde Caín es el verdadero héroe: “Este pueblo gimiendo bajo sucia conquista y colonatos/ será Caín” (13).

México es descrito por medio de la metáfora de una mina que se derrumba: “... mina calcinada.../y de polvo, derrumbes” (121) y por las alusiones a los disturbios civiles ante los que muchos permanecen impassibles, incluido el propio autoinculcado sujeto, como parte de un sistema que prefiere mirar hacia otro lado: “Vivíamos sordos al ruido/ de posibles fusiles y las quejas/de afuera no eran entendidas (123). La situación política de los sesenta se hace explícita a través de menciones a Tlatelolco o Vietnam. Por medio de la imagen de una plaza donde retumban golpes y balazos, se visibilizan los hechos sucedidos el 2 de octubre de 1968. La corrupción lo invade todo y no es fácil concebir tanta violencia, el horror de la masacre perpetrada en ese simbólico lugar de las tres culturas, convertido entonces en un lodazal. No solo vence la impunidad, sino que, en el colmo de la ironía, se condecora a los militares.

Ya hacia el final de la primera etapa, iniciada la década de los ochenta, el desencanto y el escepticismo comienzan a acompañar la visión Labastida. *Las cuatro estaciones* (1981), libro marcado por un tono desengañado, plantea el asunto de los orígenes del universo y formula una suerte de *ubi sunt* de los tiempos del mito. Tampoco en este volumen dirige las preguntas a Dios, sino a los dioses. Si en los poemarios anteriores había puesto de relieve la identidad con múltiples referencias léxicas al México indígena y utilizando rasgos de la poesía náhuatl, se vuelve ahora hacia otros grandes imperios de Occidente desaparecidos: “¿En dónde quedó Troya?... Tantas ciudades muertas, /tragadas por mares de ceniza... Las preguntas encontraban/ respuestas... El agua era cristal, nos cuentan” (223).

La nostalgia por el pasado, —la melancolía de izquierdas la llamó Walter Benjamín— no se limita a los antiguos héroes, sino que abarca la fantasía de un espacio prístino e impoluto. Como ha formulado Roger Bartra la utopía nacionalista incluye “el sueño de una sociedad primitiva natural desprovista de los males que ha traído la civilización moderna... ha servido como medio para concentrar todas las culpas de la violencia en la cultura industrial urbana” (1999: 29). La civilización actual lo contamina y lo destruye todo, hasta el punto que nos ha conducido a la crisis ecológica que padecemos y que el sujeto lamenta través de fórmulas retóricas propias del *planto*, como “¿Qué se hizo?” (Labastida, 1996A: 232). Como expulsados del paraíso perdido, los hombres andan “En busca de territorio” y “Llorando de los ojos” persiguiendo un mundo ilusorio (235).

En resumen, entre 1960 y 1981 el protagonismo recae en el sufrimiento compartido con todo el pueblo mexicano, alegóricamente “enterrado bajo la pesada losa” (20). Pero, a pesar de la melancolía, el mensaje transmitido es el de sublevarse y resistir frente a la situación, seguir el ejemplo de rebeldes y

revolucionarios históricos. A pesar de tanta violencia, los excluidos (estudiantes, obreros y campesinos) son la garantía de una futura esperanza. Cuando los grandes imperios se vienen abajo y los ideales desaparecen solo queda una salida: “Resistir, saber cómo/de qué manera, en el sangrante/borde del peligro, resistir” (272). Tales son las palabras que cierran la primera etapa.

3. 1991-2012: un occidental del extremo occidente

Labastida ha confesado que algunos desencuentros ideológicos con miembros de la “Liga espartaquista” —en la que militó un tiempo— y la intransigencia de algunos líderes estudiantiles de los sesenta, lo llevaron a apartarse de las posiciones políticas iniciales para concentrarse en la investigación y la docencia.¹³ Consecuentemente y de modo paulatino, los versos, contruidos con numerosos encabalgamientos, fueron amoldándose a un discurso más reflexivo y sosegado, que daría el tono a los libros de su segunda etapa, volcada en la filosofía y en situar a México en la esfera occidental. Los poemarios *Dominio de la tarde* (1991), *Elogios de la luz y de la sombra* (1999), *La sal me sabría a polvo* (2009) y *En el centro del año* (2012), exponen las inquietudes metafísicas, epistemológicas y éticas del autor, que se declara “un occidental del extremo occidente”.

Como se avanzó, un cambio notable se aprecia en la producción poética del sinaloense a partir del poemario *Dominio de la tarde*,¹⁴ que dio inicio a la segunda etapa en su poesía. Aunque acontecimientos de orden personal (como la muerte de su padre y la derrota electoral de su hermano en 2000) coincidieron con la nueva época, otros sucesos transcendentales debieron de influir en su silencio de años y en la posterior reorientación de su discurso. Por otra parte, las citas textuales utilizadas como epígrafes (máximas y sentencias de filósofos o artistas), se convierten en los recursos más empleados en los últimos volúmenes poéticos.

Ante una pregunta de índole revisionista sobre su ideología en los sesenta y setenta, Labastida ofrece una explicación que arroja luz sobre las razones que lo condujeron hacia otros intereses, pero que también pone de relieve el permanente autocuestionamiento, propio de la vocación del filósofo:

[...] yo creo que el propósito del marxismo es establecer la igualdad de todos los hombres: la igualdad del hombre ante sí mismo ¿Este propósito puede tocar el piso de la realidad? No lo sé. Hubo un tiempo en que creí que esto era factible, que se podía lograr con cierta facilidad, pero luego me di cuenta que al ejercer la violencia para que esto se pudiera lograr, se construían dictaduras que, forzando los términos, podríamos llamar dictaduras del bien [...] Forzar las cosas para que el bien se imponga también ha conducido a sociedades de hielo, jerarquizadas y cerradas porque, con el tiempo advertí que las utopías luchan con el pasado, pero no ven hacia el futuro. (Labastida, 2008, 14)

¹³ Labastida también se refiere al año 1966, cuando el ejército entró en la Universidad michoacana. La liga espartaquista fue un movimiento revolucionario marxista y leninista que en México contó con miembros destacados del terreno artístico, como José Revueltas. Véase García Bonilla, (2008: 9-40).

¹⁴ Recogido en *Animal de silencios* (1996).

Ya se ha hecho referencia a la crisis en la izquierda internacional que según Roger Bartra impulsó la necesidad de dejar atrás los mitos nacionalistas. Desde entonces, fue prevaleciendo en Labastida la urgencia de repensar la ideología y reubicar lo mexicano en el nuevo orden mundial. Y así, evoca a los compatriotas de similar credo político como Efraín Huerta,¹⁵ consciente de los cambios que han sobrevenido y de la necesidad de ciertos replanteamientos ideológicos. En esta línea, el poema titulado “Conversación con Efraín”, muestra la obvia sintonía tanto ideológica como de sensibilidad que Labastida siente con el autor de *Los hombres del alba*, a quien se dirige como “hermano” y con el cual comparte, además de la tendencia a la meditación, el amor por México. Al igual que hiciera Huerta, Labastida pone empeño en entender al país y en analizar a qué ha conducido la lucha política:

Luchamos/ por abrir otro mundo,... Donde/ meditar, entonces, en qué lugar...
sentarse a repasar la historia?” Recuerda y transcribe las palabras del amigo,
fallecido en 1982: “Hay que repasar los principios/... y volvernos hacia nosotros/
mismos”. “Y este país, que se agita/...requiere que le digas/ como siempre, una
sola palabra/...en esta tierra ácida que precisa de ti. (1996A: 300-304)

El país precisa que le hablen de albas y esperanza, como hiciera el añorado Efraín en su día, pero el México de los noventa no es el mismo que el de los autores de las generaciones precedentes. Una vez desvanecidas las utopías de izquierda, el discurso poético labastidiano se decanta por lo universal: “yo estoy por la universalidad, no sé si por deformación, estudié filosofía y la filosofía es universal” (2008: 26). Por tanto, tiende a incorporar las grandes preocupaciones humanas y a la reflexión sobre el significado de conceptos como patria o justicia. Si la globalización obligó a repensar los nacionalismos, el propio Labastida aclaró su opinión al respecto, muy contraria a la dirección tomada por algunos países que, en un ilusorio deseo purista, están viendo aflorar nuevos nacionalismos como reacción dialéctica a la desaparición de fronteras. El poeta, en cambio, afirma con la lógica del filósofo: “En una nación con las diferencias y las complejidades que posee México, hablar de identidad nacional parece un contrasentido... rechazar todo lo extraño porque no está de acuerdo con la identidad propia... conduce al aislamiento” (2008: 24). De algún modo, el poeta parece perfilarse como líder social y voz autorizada de la opinión pública, consciente, eso sí, de la diferencia entre hombre de pensamiento y hombre de acción: los filósofos nunca podrán ser hombres de gobierno porque dudan; mientras que el político “está sometido a lo inmediato, a la toma súbita de decisiones” (1998: 36-37).

Labastida cuestiona “el sentido de identidad tal como se ha manejado en nuestro país” (24). Esto no implica que se renuncie a la mexicanidad: se sigue considerando perentorio subrayar la identidad, pero solo cuando ésta se entiende unida al concepto de diferencia. Su perspectiva se ve y se aplica muy claramente en el terreno lingüístico, donde las diferencias (léxicas o acentuales) no rompen con la

¹⁵ Fallecidos respectivamente en 1976 y 1982, José Revueltas y Efraín Huerta se conocieron en la Federación Juvenil Comunista en la década de los treinta. Labastida tuvo un desencuentro con Revueltas hacia 1966, lo que no debió mermar su admiración por el autor de *El luto humano*.

unidad de la lengua. El español constituye, para el autor, una manera de universalismo, de integrarse en el mundo:

Mi lengua materna es el español, sin duda, pero es el español de México, lleno de matices. Pertenezco a un *topos* lingüístico determinado. Ya dije que era un hablante del español; añado que, por lo mismo, hablo una lengua universal. Sin embargo, hablo esa lengua desde un lugar (geográfico y lingüístico) preciso: el dialecto mexicano del español. Indico de este modo que mi habla está contaminada por una realidad cultural específica. Soy occidental del Extremo Occidente. (Labastida, 2012B)

De la cita anterior se desprende que el poeta asume conscientemente el lugar específico desde donde enuncia y marca sus particularidades. México y lo mexicano siguen siendo una obsesión, pero la rebeldía observada en la primera etapa pierde peso y, en su lugar, predomina la reflexión pausada. La voz enunciativa intuye que toda la realidad tiene común origen en la palabra. La realidad es creada e interpretada con y por el lenguaje, de ahí la repetición insistente de ciertos vocablos: “la palabra/ martirio, la palabra tortura, que no cesa”, (1996: 283) como si la reiteración pudiese conducir a algunas respuestas. Si el lenguaje es cambiante, difícil de aprehender en su proceso dialéctico como enunciaba ya en la anterior colección, (“Digo la palabra... Y al punto dice otra cosa” *Las cuatro estaciones*) en *Dominio de la tarde*, vuelve sobre el asunto: “¿Dónde, en verdad, nace el idioma?... cómo, por qué, / de qué manera extraña... oh dioses... podía nacer la palabra”... ¿En el hoyo más denso más/amargo y profundo de la historia?/ Lengua y palabra somos” (277-292). La repetición de vocablos como “belleza”, “verdad” o “dicha” enfatiza la relevancia del lenguaje para conformar el mundo y el sentir humanos. Las palabras unidas crean significados nuevos y, en consecuencia, forjan más realidad en su constante capacidad dialéctica: “La palabra/ historia carecía de sentido si no/ estaba junto a la palabra dolor” (291). El lenguaje, por tanto, identifica, ubica; participa las esencias y las emociones; es la vía indispensable para el autoconocimiento: “¿Estoy hecho de voces?/ Busco un sentido” (330).

En la búsqueda del sentido de la realidad y del entendimiento de uno mismo, el deceso del padre se convierte en Labastida no solo en la ocasión para una meditación profunda sobre el significado de la vida, sino también para recurrir a la larga tradición de escritura elegíaca en el mundo hispánico, desde Manrique a Sábines. El poema “Aproximaciones a la muerte de mi padre” pretende una explicación racional de la muerte. Puesto que no consigue su objetivo, busca, como hiciera Sor Juana en el *Primero sueño*, una “Segunda aproximación”, en la cual reflexiona sobre la materialidad del ser humano, la continuación del ser en la descendencia (291-294).¹⁶ El sujeto poético no encuentra las palabras, que se

¹⁶ Como demuestra en su libro *El amor el sueño y la muerte en la poesía mexicana* (Instituto Politécnico Nacional, 1969, reeditado por Siglo XXI en 2015), Labastida es un profundo conocedor de la tradición poética de México y tiene muy presente el tema onírico. En toda su obra abundan las menciones a Sor Juana Inés de la Cruz. En el caso de este poema, como también en “El sueño” de la monja jerónima, el método fracasa, conque vuelve a intentarlo una segunda vez. Además, importa señalar que Labastida dedica el poema a su hijo, dando

revelan completamente insuficientes en las situaciones luctuosas: “yo era un ladrón/ en busca de palabras” (289); “Carezco/ de palabras de consuelo, no tengo /una palabra que no sea/dolor, ceniza, sombra” (296). En tal circunstancia, resulta muy significativa la elección de un epígrafe de Georg Trakl, autor de una poesía intensamente melancólica, con la que desveló la estremecedora desesperanza del ser humano frente a la muerte: “El dolor petrificó el umbral”.¹⁷

Como es bien sabido, la idea de Occidente, construida desde Europa y siempre de acuerdo con la visión de los europeos, ha dejado a América Latina al margen de la formulación de su propia esencia. Sobre esta cuestión, entre otras, reflexiona la voz de *Elogios de la luz y de la sombra* (1999). Los europeos ven a los otros pueblos “con ojos de desprecio” como “tribus nómadas” u “hombres sin rostro”¹⁸ (61). El autor pondera el extraordinario tributo al arte y a la filosofía en y desde América, y recuerda que la definición de la esencia de los americanos viene dada, desde Bolívar, a través de la negación: “no somos fósiles culturales, no somos arqueología humana ni una intensa nota de color” (62). Labastida parece querer enmendarlo, y así, el epígrafe “Escarlar pretendiendo las estrellas”, verso de la universal Sor Juana, abre este libro. Se trata de un poemario relativo al impulso poético y a un viaje interior, elogio al conocido poema “El sueño” de la monja, en el que el poeta se interroga insistentemente acerca de si ha sido un hombre justo. El sujeto se reconoce a sí mismo como occidental, y lo hace, como lo hiciera en su día Andrés Bello, a través de una nómina de los productos de la “Zona tórrida”. Al tiempo, rechaza la visión de América como algo exótico y declara: “somos occidentales del Extremo Occidente” (62). Se pone, así, de relieve, lo valioso de la contribución de los pueblos de la América meridional a la cultura del mundo, se reclama un espacio intelectual para ella en Occidente: “¿La filosofía solo habrá de tener un acento/ europeo, acaso americano, pero solo en el norte?” (64).

En su penúltimo volumen poético, Labastida vuelve sobre la cuestión histórico-política, pero desde una consideración más universal: antes que sobre lo indígena, reflexiona sobre lo antropológico; y más que al mexicanismo, se refiere el concepto de patria, a la inclinación natural del hombre a defender la tierra que le da sustento. El autor lleva a cabo una relectura y reinterpretación de la historia contada en los libros, preguntándose sobre el balance final de la conquista, cuestionándose acerca de si merece la pena luchar por un mal entendido heroísmo. El poema titulado “Al releer las historias” de *La sal me sabría a polvo*¹⁹ (2009) formula estos grandes interrogantes:

¿Habremos de impedir, a costa de la vida,/el avance del déspota y los bárbaros?/
... en qué consiste la gloria? ¿En morir por la libertad?... pese a todo, al frente de
cien pueblos/ extranjeros, el tirano avanzó contra nosotros,/ que sólo

a entender la importancia de la continuidad en la palabra, la herencia del lenguaje, como él mismo pone en práctica recurriendo a numerosas citas de otros escritores.

¹⁷ El expresionista austriaco (1887-1914), que llegó a presenciar los horrores de la Primera Gran Guerra, es un autor muy leído por los actuales poetas mexicanos.

¹⁸ Entre los pueblos indígenas de México, alguien carente de formación o educación.

¹⁹ El título contiene, a pesar del tono más globalizador, cierta simbología identitaria. La sal era un signo de riqueza y poder para los pueblos indígenas de Centroamérica.

defendíamos la tierra ¿Qué hemos logrado al cabo de los siglos?/¿Nos hemos hecho diferentes? (2009: 47-48)

Ni el patriotismo ni el nacionalismo parecen haber resuelto ningún problema humano, especialmente la inclinación a la violencia, independientemente de nuestro origen geográfico: “invadimos países, destruimos continentes,/ nos desgarramos los unos a los otros” (48). El hombre ha convertido el mundo en un penoso cúmulo de contaminación, ruinas, basura y polvo. Ya no es posible pensar en el mito edénico; la preocupación reside ahora en el desastre ecológico de difícil solución. Por todo ello, a partir de versos seleccionados de poetas anteriores, Labastida reconsidera el significado de patria y, si del tema cívico se trata, no pueden faltar las alusiones a poetas que han sido referentes históricos en esta cuestión. Así, por ejemplo, la íntima y diamantina “Suave Patria” de López Velarde se evidencia una ironía del jerezano, y la grandeza que alabó en su día Bernardo de Balbuena ha quedado reducida a un espejismo. Al examinar el México de hoy, Labastida observa el mismo aspecto ruinoso que observara Quevedo en la España del siglo XVII. Para el poeta, no queda más que rechazar un país corrupto y proponer, en su lugar, uno fuerte, que progrese, pese a todos los males que ha padecido a lo largo de su historia, tal como enuncia el poema “Dura patria”:

... ¿Estamos marcados por la historia?/... No quiero una patria igual, sin rumbo/
ni abatida.../ Petróleo y plata.../¿Para qué los tesoros si la patria/parece estar
podrida.../ y los criminales regalan casas de oro/ a los alcaldes?... ¿Cómo podría
pedirle/ que siguiera fiel a sí misma... Mire los muros de la patria/ y había en
ellos/ basura y lodo, podredumbre y muerte... Quiero/ una patria dura, una patria
que sufra/ pero avance, un país verdadero (77 y ss.)

Muy poco es lo que queda del pasado, por el que, en cierto modo, se expresa añoranza: “los valores que alimentaron a mis padres/ descansan, muertos, en el polvo” (86). Las inmensas riquezas de México han sido, al mismo tiempo, su gran desgracia: “Todos/ buscan, con pasión, el oro...se pierde/ la libertad.../¿A dónde vamos?” (86). La voz poética pronuncia un público *quo vamus* y se impone la misión de advertir del peligro que amenaza al país, a punto de perderse definitivamente por la corrupción: “Pero la patria está en peligro, insisto” (87). Siendo el autor tan crítico con la realidad mexicana y albergando un espíritu tan escéptico, sorprende que las pocas esperanzas que se leen en sus versos estén fundadas, justamente, en la patria, su obsesión, apego al que no puede renunciar: “La quiero fuerte y libre, enfrente/del peligro. ¿Será posible? Sí, será posible” (87).

Presidido por el aforismo de otro conocido pensador europeo, Nietzsche (“Dios ha muerto”), el poema “Crepúsculo de los dioses”, recuerda al lector que a lo largo de la historia, todos los grandes mitos han ido cayendo uno tras otro, incluso el cristianismo que los europeos impusieron en América. La célebre frase del filósofo alemán no hace más que corroborar el fuerte escepticismo de numerosos autores contemporáneos. Paul Borgeson señaló que las crisis, no solo políticas o sociales, sino incluso de fe, experimentadas desde finales del siglo XIX, han llevado a los escritores hispanoamericanos como Rubén Darío, Vallejo o el propio Labastida a rechazar la idea de Dios y a cuestionar las tenidas como verdades absolutas: “Estos

poetas se manifiestan en el sentido del abandono” (1984: 81-82). Ya en *A la intemperie y Elogios de la luz y de la sombra* se constata una clara intertextualidad con el conocido poema “Lo fatal” de *Cantos de vida y esperanza* en la alusión a la ataraxia. También los versos de César Vallejo, poeta del dolor humano y la futilidad, forman intertextos en *La sal me sabría a polvo*. Labastida no deja dudas acerca de su profundo escepticismo, del que solo lo rescata momentáneamente a la mujer a la que ama “más allá y por encima de todas las cosas”, palabras repetidas a lo largo del libro de 2009.

Para el hombre no hay ya ningún asidero ni salvación. Todo es ruina y deterioro; hasta la misma lengua ha de morir con el sujeto poético. Las formas culturales también se extinguen y son reemplazadas por otras nuevas. En la vida actual se ha impuesto la idolatría del dinero, pero pronto será sustituida por la tiranía de la genética y la tecnología. Los humanos siempre hemos vivido sometidos o esclavizados por algún dios que nosotros mismos inventamos para someter a nuestros congéneres. La idea nietzscheana ha arraigado con fuerza también en Labastida:

todos/ los dioses están muertos... religiones antiguas, cristianismo, ¿Qué sustituye ahora la antigua reverencia/ aquel terror sagrado, el ritual exquisito, el pánico terrible ante el abismo?/ ¿La prisa, la eficacia, el orden comercial,/ el carácter impoluto de la muerte,/ la arrogancia exacta del genoma? ... La muerte de los dioses ha elevado/ nuestras vidas, las ha hecho posibles. (97)

Ser de silencios e incertidumbres, el poeta reitera su concepción del hombre y de sí mismo como “un animal/ hecho todo de preguntas” (137) y del mundo como lugar abocado al desastre y la desaparición: “Cuando todo camina, pues, hacia el desastre... y ya no queda nada, nada... ¿Qué hacer, entonces? (147). Al realizar un balance de vida, —en el poema “Última voluntad”²⁰— reitera la contemporánea sensibilidad medioambiental y lanza un mensaje de resistencia: “Quisiera, sin embargo, dejar un aire puro/... Las frutas olorosas, el amor/ sobre todo, la voluntad extrema de vivir/ contra la fuerza implacable de la muerte...” (156).

En el hasta ahora último título de Labastida *En el centro del año* (2012), obra en cinco cantos, sin estrofas, el autor manifiesta inquietud sobre las cuestiones que vienen ocupando su pensamiento desde hace años, y en efecto, finaliza con una consideración que resume lo que ha sido toda su creación poética: “Esfuérzate, mortal intenta entrar en el centro/ de ti mismo... indago adentro de mi mismo/ sólo hay preguntas,/ dudas, imposibles respuestas” (2012: 42).²¹ De nuevo aparecen los epígrafes que preludian la temática, abordada, una vez más, desde una perspectiva más universal que local. A mayores de la frase popularizada por Hobbes “El hombre es un lobo para el hombre”, otras muchas referencias confirman los lazos del autor con la vasta tradición filosófica y literaria europea, sin olvidar, por supuesto, la propia: pensamientos, sentencias o versos de Leibniz, Anatole France,

²⁰ Título de la última sección de *La sal me sabría a polvo* que nos hace recordar las palabras de Vicente Quirarte: “Existe en el poeta la necesidad de adelantarse al silencio de la muerte... En el sentido más estricto, la obra de un escritor es su testamento” (1993: 298 y 300).

²¹ También en su libro de ensayos *La palabra enemiga* afirma “En el espejo de la poesía o la novela, el escritor se conoce a sí mismo” (1996B: 24).

Heráclito, Aristóteles a través del Arcipreste de Hita, Shakespeare, José Gorostiza apuntalan el discurso labastidano. La gran ironía consiste en que, tras tanto conocimiento acumulado, no hayamos aprendido casi nada y no tengamos respuestas: “nuestro tiempo/ brutal, maravilloso, lleno de millones de muertos/ en el concierto universal y alegre de las que hemos/ llamado guerras santas, hechas, por supuesto, en el nombre del bien” (24).

Interesa señalar que es, una vez más, un símbolo, un referente universal, el que sirve a Jaime Labastida para señalar el espíritu rebelde que reclama justicia: por medio de las alusiones a Antígona la voz enunciativa confirma su admiración hacia los que se oponen a los poderosos, hacia los rebeldes antagonistas que no dudan en señalar los abusos. Aunque sea por medio de la ironía el poeta no cesa en su empeño de demandar justicia: “que si obligaron/ a los obreros a trabajar tres turnos diarios/ en las fábricas de aviones y en las máquinas/ que hacen las ojivas nucleares fue sólo, amigos míos,/ para edificar una sociedad perfecta, justa, llena” (24).

Toda la historia del pensamiento no parece haber sido más que una cadena de errores y las que durante siglos fueron tenidas como grandes verdades, se han revelado como falacias. Las dudas y las incertidumbres han sustituido, finalmente, a aquellas explicaciones del mundo a través del mito o de la religión, y el sujeto contemporáneo añora la seguridad de las respuestas racionales. La consecuencia inmediata es una fuerte sensación de pérdida, que lo conduce a formular un nuevo *ubi sunt* referido a un pasado más firme en sus creencias e ideología: “En dónde está aquello en que creímos?” (21).

El contexto actual solo invita al escepticismo y el desencanto. Entre efímeros momentos de esperanza y amor, los poetas asisten a un mundo destruido, contemplan una naturaleza devastada, una sociedad injusta y ninguna salida. No hay soluciones, ni creencias firmes; únicamente preguntas.

Roger Bartra afirma, atinadamente, que los momentos de crisis y cambios como el sucedido en México a finales del pasado siglo, son etapas especialmente interesantes para el estudio: “este tipo de crisis ofrecen momentos privilegiados para la investigación y la reflexión” (1999:61). Durante décadas, Jaime Labastida ha registrado las inquietudes y obsesiones de una parte importante del sentir intelectual de su país a través de la poesía, acusando los sucesos sociales y políticos de su momento vital: desde aquel de los jóvenes rebeldes que denunciaban la dura realidad social del país en los años sesenta, hasta la desilusión y la necesidad de reformular la mexicanidad. Mientras en muchos países la reacción a la globalización ha sido el regreso a posturas ultranacionalistas, el poeta y filósofo mexicano señala otras posibles direcciones: resistir, repensar la historia y las ideas, construir un país más justo, revisar constantemente los principios éticos del hombre y su civilización. A pesar de todo su escepticismo, no ha dejado de insistir en sus obsesiones. Queda la posibilidad de pensar, y la poesía como un camino donde buscarnos a nosotros mismos, una vía en la que, a veces, se vislumbra, entre el dolor que domina la historia del hombre, algo, un poco de verdad y de belleza.

Referencias bibliográficas

Bartra, Agustí, “Prólogo”, en *La espiga amotinada*. México: FCE, 1960, pp. 7-16.

- Bartra, Roger. *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana*. México: Océano, 1999.
- Borgeson, Paul W., “La dialéctica de la ceniza: introducción a la poética de Jaime Labastida”, *Caravelle. Cashiers du monde hispanique et luso-bresilien*, vol. 43, 1984, pp. 81-96.
- Braunstein, Néstor, “Jaime Labastida, pensador y poeta”, en *En el centro del año*. México: Editorial Salto de Página, 2012, pp.7-14.
- García Bonilla, Roberto, “Conversación con Jaime Labastida”, en Jaime Labastida. *Estética del peligro*. México: Siglo XXI, 2008, pp. 9-40.
- González Rodríguez, Sergio, “La melancolía mexicana”, *Nexos*, 1 de agosto de 1988. Disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=5190>
- Labastida, Jaime. Prólogo a “El descenso”, en *La espiga amotinada*. México: FCE, 1960, pp. 199-200.
- Animal de silencios*. México: FCE, 1996a.
- La palabra enemiga*. México: Aldus, 1996b.
- “Filosofía y poesía”. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 2 de abril de 1998.
- Elogios de la luz y de la sombra*. México: Siglo XXI, 2013 (1ª ed., Aldus, 1999).
- Estética del peligro*. México: Siglo XXI, 2008.
- La sal me sabría a polvo*. México: Siglo XXI, 2009.
- En el centro del año*. México: Editorial Salto de Página, 2012a.
- “El universo del español, el español del universo”, 2012b. Disponible en: <http://www.academia.org.mx>
- León Portilla, Miguel. *La tinta negra y roja. Antología de la poesía náhuatl*. Barcelona: Círculo de lectores/ Galaxia Gutemberg, 2008.
- Quirarte, Vicente. *Peces del aire altísimo. Poesía y poetas en México*. México: UNAM-Ediciones del Equilibrista, 1993.